

UN GIGANTE QUE SE DESPIERTA:  
EL DESAFÍO DE CHINA EN EL SIGLO XX.  
*JUNTOS* (CHEN KAIGE, 2002)

*Ricardo Martín de la Guardia*

Universidad de Valladolid

**«Señor, el mapa del mundo cambia»**

Nacido en Pekín en 1952, Chen Kaige es hijo del también director cinematográfico Chen Huaikai, represaliado en los años sesenta por el régimen comunista. Kaige, marcado como todos los de su generación por la Revolución Cultural maoísta (1966-1976), hubo de trabajar de leñador y cumplir el servicio militar antes de ingresar en la Academia de Cine de Pekín, donde concluyó sus estudios en 1982. Debutó dos años más tarde con *Tierra amarilla*, un espléndido ejercicio de crítica a las prácticas del comunismo agrario, que él conocía por experiencia propia. Desde entonces no cesaron los conflictos con la censura de su país —se trasladó a Estados Unidos hace varios años—, especialmente con su mayor éxito, *Adiós a mi concubina* (1993), Palma de Oro compartida a la Mejor Película del Festival de Cannes de aquel año, película de emociones complejas en la que trataba la homosexualidad en la sociedad china.

Sin duda, tanto Chen Kaige como Zhang Yimou continúan manteniendo la vitola de grandes directores chinos, profundos renovadores desde los años ochenta de la tradi-

ción cinematográfica de su país. Su presencia constante en los festivales más reputados del mundo y la producción de películas de esmerada realización, con gran éxito de público en Occidente, los ha catapultado a la fama. En general, estos autores «apenas han mirado cara a cara a la sociedad actual»<sup>1</sup>, más preocupados por la elaboración de cintas de contenido histórico y épico, caso de *La Promesa*, de Kai-ge, estrenada en 2005. En lo que a China se refiere, por otra parte, aunque la actividad cinematográfica está regulada y controlada por el poder, la apertura económica ha permitido la llegada masiva de producciones norteamericanas a las carteleras de los cines<sup>2</sup>, reflejo de esa sociedad dinámica característica de los principales centros urbanos de la República Popular.

Es precisamente esta nueva ciudad china la que aparece ajena y hostil a los ojos del protagonista de *Juntos*, Liu Xiaohun, joven virtuoso del violín a cuya carrera supedita todo su padre, un pobre cocinero de una región apartada de las convulsiones que en los años noventa provocó el cambio socioeconómico. La historia de amor paterno y filial, entrecruzada por el primer enamoramiento de Liu, se sobrepone al triunfo del dinero, la fama y el éxito —valores encumbrados en la nueva sociedad china— cuando el adolescente decide regresar con su padre a su pueblo de origen. El contraste entre éste y el esplendor materialista de la gran ciudad denuncia las realidades de una sociedad teóricamente igualitaria en la que la renta media puede llegar a variar de uno a otro ámbito en la proporción de 1 a 20. La película

---

<sup>1</sup> Eulàlia IGLESIAS: «China. Después de Tiananmen», *Debats*, 92, primavera 2006, pág. 8.

<sup>2</sup> «Los grandes estudios, de Sony a Warner, han iniciado una política de coproducción con el gigante asiático e incluso una de las primeras películas que adquirió Harvey Weinstein, ex Miramax, con su nueva compañía es *The Promise*, de Chen Kaige, que distribuirá en Occidente». *Ibid.*, pág. 10.

obtuvo las Conchas de Plata al Director y al Protagonista masculino en el Festival de San Sebastián de 2002.

Cuando en 1998 en Barcelona preguntaron a Isabelle Huppert por quién le gustaría ser dirigida, contestó que por algún director asiático. Ante la sorpresa del periodista, la actriz lo miró con cierta sorna y añadió ante el micrófono: «Señor, el mapa del mundo cambia». Ciertamente China ha irrumpido poderosa en el nuevo siglo y hace sentir su presencia en el mundo.

### **Los claroscuros de la conversión de China en potencia económica**

El enigma chino, los retos de China, el resurgir del gigante asiático... éstas y muchas otras expresiones similares han familiarizado a la opinión pública occidental con un fenómeno espectacular: el inusitado empuje económico y la creciente participación de Pekín en los asuntos mundiales. Sin lugar a dudas, el devenir de la República Popular de China en este siglo constituye una de las cuestiones cruciales para el futuro de la humanidad. De cómo sea capaz de afrontar sus reformas modernizadoras en la administración del Estado con el fin de democratizar sus estructuras y mantener el ritmo de desarrollo, socializando los beneficios de su máquina productiva, dependerán su estabilidad interna y su inserción pacífica en el juego de poderes mundial<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Algunas monografías de carácter general son útiles para marcar las líneas maestras de la evolución de China en el siglo xx. Vid. Julia MORENO: *China contemporánea 1916-1990*, Istmo, Madrid, 1992; Yolanda FERNÁNDEZ LOMMEN: *China: la construcción de un Estado moderno*, Libros de la Catarata, Madrid, 2001; Paul J. BAILEY: *China en el siglo xx*, Ariel, Barcelona, 2002.

Cualquier cifra que se dé sobre China resulta difícilmente comprensible para la mentalidad de un ciudadano europeo. Con 9,6 millones de kilómetros cuadrados, el territorio es casi tan grande como la Europa que va del Atlántico a los Urales y, por tanto, mucho mayor que la Unión Europea de los Veintisiete. Unos 1.300 millones de personas, casi la quinta parte del total mundial, habitan el país más poblado del orbe. A la altura de 2005 la República Popular era una de las primeras economías mundiales después de dos décadas de crecimiento, con un PIB que aumentó ese año el 9,8% y más de 100.000 millones de dólares de excedente comercial. No obstante, la grandiosidad de estos datos contrasta con otros no menos significativos: según el Banco Mundial, la renta per cápita de los Estados Unidos de Norteamérica superaba en 2005 los 37.000 dólares, mientras que la media china era tan solo de 1.100. El desequilibrio tan acusado en el reparto de la riqueza clamaba, pues, en favor de un salto hacia delante en las mejoras sociales.

Obviamente, si consideramos estas cifras macroeconómicas, China aparece como la «auténtica fábrica del mundo» del siglo XXI, sobre todo en las regiones regadas por el Yangtze —entre ellas, Shangai— y el delta del Río de la Perla: «Con una producción de alrededor del 20% de las neveras del mundo, el 25% de las lavadoras, el 30% de las televisiones, el 70% de las fotocopiadoras y el 50% de los textiles de aquí al año 2020, estamos hablando nada más y nada menos que de la quinta economía comercial, que representa más del 4% del volumen total del comercio mundial»<sup>4</sup>.

En cambio, los setecientos millones de trabajadores del campo se llevan la peor parte; además de por sus dife-

---

<sup>4</sup> Leila FERNÁNDEZ-STEMBRIDGE: «Comercio y economía en China», *Temas para el Debate*, 125, abril 2005, pág. 36.

rencias retributivas con los obreros industriales, las escasas inversiones en educación (los maestros rurales son uno de los grupos sociales peor pagados) y las pésimas infraestructuras de transporte y vivienda suponen por ahora un reto de difícil solución para un país que muestra orgulloso al mundo las cifras de su crecimiento. El Instituto de Investigación Económica de la Academia China de Ciencias Sociales publicó hace dos años en un estudio que la brecha de los ingresos y prestaciones sociales abierta entre la población urbana y la rural podría ser de 1 a 6, sobre todo, como es lógico, en las zonas menos desarrolladas del oeste del país<sup>5</sup>. El descontento campesino por la pérdida de nivel de vida entraña un potencial de conflictividad muy elevado, una amenaza para el futuro inmediato. Propiciadas especialmente por las masas de trabajadores emigrados del campo a la ciudad, víctimas en ocasiones de abusos a manos de empresarios que no les conceden ni los derechos ni los salarios que al resto, las huelgas y manifestaciones han aumentado de forma rápida. Ello ha conducido a que el lema característico de los años noventa, «primero la eficacia», sea criticado por el líder Hu Jintao, partidario de una mejora conjunta de la sociedad.

El desempleo constituye otro gran problema: las transformaciones en el sistema productivo han engrosado los índices de paro. Esta cuestión, tabú en los regímenes comunistas, lleva ya algún tiempo siendo objeto de consideración entre los grupos de expertos de los organismos económicos dependientes del Partido. Según estimaciones solventes, afectaría a unos veinticuatro millones de habitantes en las ciudades; a ellos se sumarían otros setenta y cinco millones que, procedentes del campo, solo tendrían

---

<sup>5</sup> Mario ESTEBAN RODRÍGUEZ: «Desafíos actuales del sistema político chino», *Ibid.*, pág. 49.

trabajos esporádicos<sup>6</sup>. Las condiciones laborales y el sistema contractual presentan lagunas jurídicas que perjudican al trabajador. La inestabilidad social generada forma parte de las preocupaciones más extendidas entre los dirigentes políticos del país ante la urgencia de encontrar alternativas laborales y dotar a la población del país de mayor seguridad en el empleo.

## **El inicio de la senda reformista desde los años ochenta**

El camino chino hacia el desarrollo socioeconómico para adquirir un mayor peso en las relaciones internacionales ha sido preparado minuciosamente; no es fruto de una coyuntura más o menos favorable ni de la acción de uno o varios dirigentes especialmente dotados. Desde 1978, de forma pausada pero constante, el Partido Comunista Chino ha seguido una senda reformista cuyos primeros resultados pudieron comprobarse ya en la década de los noventa, cuando la cuestión china se convirtió en tema estrella de los analistas internacionales y de los medios de comunicación. Tras la retirada voluntaria de Deng Xiaoping de la Secretaría General del Partido llegaba un hombre de su plena confianza, Jiang Zemin, que lo relevó a finales de junio de 1989, justo después de los trágicos sucesos de la plaza de Tiananmen. A pesar de su perfil ortodoxo, su consolidación en las estructuras del poder sirvió para alentar un proceso de reformas, sobre todo después de la celebración del XIV Congreso del Partido Comunista en 1992. Algunos acuerdos adoptados en aquella reunión, como el hecho de limitar a dos mandatos los cargos de mayor res-

---

<sup>6</sup> Xulio RÍOS: «El déficit social», *Política Exterior*, 111, mayo-junio 2006, pág. 49.

ponsabilidad del Estado y la sustitución de la mitad de los miembros del Comité Central, pueden calificarse de revolucionarios dentro de los rígidos esquemas en los que se había movido la organización.

El inicio del cambio en las estructuras del Partido tuvo lugar a la vez que una serie de acontecimientos verdaderamente históricos en la trayectoria del país asiático: la reincorporación de Hong Kong, la entrada en la Organización Mundial del Comercio en 2001 y la elección de Pekín como sede de los Juegos Olímpicos de 2008 han constituido, entre otros, una plataforma inmejorable para presentar los logros de la era Zemin ante la opinión interna y mundial. En 1993 el concepto «economía de mercado» quedaba reflejado en la Constitución y no como mero recurso retórico, puesto que inmediatamente desde el poder se promovió y justificó la propiedad privada como pilar necesario para el progreso del país.

La memoria de la Revolución Cultural, la desintegración de la Unión Soviética y las traumáticas experiencias sufridas por las nuevas repúblicas independientes de Asia Central en su intento de establecer instituciones políticas solventes para dar cauce a la transición económica estuvieron muy presentes en el ánimo de los dirigentes chinos a la hora de afrontar un programa de renovación. La convicción de que por ninguna razón debería suceder en China lo ocurrido en la URSS extendió entre la elite política un acuerdo bastante general respecto a la cautela con que habían de abordarse los cambios para satisfacer las distintas opiniones existentes en el Comité Central. Por otro lado, aun siendo evidentes las diferencias de criterio, hasta la actualidad y desde que Jiang Zemin asumió el poder el consenso sobre las grandes líneas directrices de la política ha sido un hecho constatado en la dirección del Partido. La inmensa mayoría acepta que se mantenga el buen ritmo de las reformas económicas con el objetivo de convertir a

China en una potencia capaz de desempeñar un papel de mayor peso específico en el escenario mundial, como corresponde a su vigor comercial y demográfico y a su privilegiada situación en el continente asiático. De igual forma, pocos dudan de la necesidad de preservar la hegemonía del Partido como único instrumento válido para canalizar el ímpetu renovador. Precisamente el desarrollo de las reformas controlado por el aparato del Estado-Partido trata de evitar la caótica situación que en otros países han generado los procesos de transición rápida a la democracia.

Esta solidez del Partido Comunista Chino, impenetrable a los nuevos aires liberalizadores que han llegado a la economía, contraviene las voces de muchos analistas para quienes el cambio de rumbo económico debería haber afectado ya a las estructuras políticas. Jiang Zemin abandonó la Secretaría General del Partido en el XVI Congreso, celebrado en noviembre de 2002, así como la Presidencia del Estado en los primeros meses del año siguiente. Encabezado por Hu Jintao, el nuevo equipo dirigente no ha modificado las pautas marcadas con anterioridad mientras se ha preservado el potencial comercial del país, sobre todo después de incorporarse éste a la Organización Mundial del Comercio.

Sin embargo, esto no quiere decir que no se mueva nada en China. Una transformación económica de tal envergadura provoca cambios sociales imposibles de soslayar, desde el adelgazamiento del sector público hasta la proliferación de especuladores de toda laya, sin olvidar los millones de personas que, según las estadísticas de los organismos internacionales, han logrado salir de la pobreza. En consecuencia, una parte creciente de la población, caracterizada por su dinamismo y por estar imbuida de valores muy diferentes ya de los del rígido estatalismo, encaja cada vez peor en las estructuras político-institucionales heredadas.



Además, las heridas abiertas en la sociedad con las desigualdades provocadas por el crecimiento económico han tenido su reflejo en el aumento espectacular de manifestaciones y revueltas a lo largo y ancho de todo el territorio. Las protestas parten de dos focos comunes: el empeoramiento de las condiciones de vida y la denuncia de la corrupción de los dirigentes locales o regionales. En efecto, a pesar de que desde los años noventa las autoridades de Pekín han redoblado sus esfuerzos para erradicar de la vida política las prácticas fraudulentas, tomando en ocasiones medidas drásticas, los resultados no han sido tan satisfactorios como era de desear. La inextricable unión entre Partido y Estado propia de los regímenes comunistas alberga de por sí grandes facilidades para crear y mantener corruptelas, tendencia agravada en estos años de transición económica. Algunos de los sectores tradicionalmente aliados del Partido Comunista Chino, como los campesinos y gran parte de los trabajadores industriales, han abandonado la esperanza de un reparto más equitativo de los beneficios ante la ostentosa presencia de burócratas del Partido enriquecidos en un ambiente general de deterioro de las estructuras políticas.

### **El inmovilismo político de la República Popular**

Como consecuencia de lo anteriormente dicho, la percepción de la necesidad de las nuevas generaciones de que se flexibilicen las relaciones entre el Estado y la sociedad no ha alcanzado a las estructuras de la organización comunista. Hasta hoy en día ningún estudioso se permite hablar de una oposición tal y como la entendemos en el mundo occidental, es decir, como opción de cambio real ante lo que ofrece el Partido. Existen facciones que interpretan de modo diverso el proceso de transformación

interna del país, pero no hay una elite al margen de aquél capaz de ofrecer una alternativa, lo cual determina la imposibilidad práctica de que se produzca un viraje rápido en la política.

El ejemplo del ya citado XVI Congreso es paradigmático. La transmisión de poderes a la nueva cúpula dirigente siguió paso a paso el plan trazado. De forma lenta pero firme, entre la celebración del Congreso a finales de 2002 y la primavera de 2003 Hu Jintao logró ostentar la Secretaría General, la presidencia de la Jefatura del Estado y la de su Comisión Central Militar. La renovación de la apuesta por el crecimiento económico fundamentado en medidas liberalizadoras ha continuado complementándose con el férreo control del Partido y del Ejército para no dejar resquicio a aventuras que pudieran trastocar los objetivos de convertir definitivamente a China en una superpotencia mundial. Lo único perceptible al respecto ha sido el inicio de cierta descentralización del poder al otorgar mayores competencias a los funcionarios locales del Partido, tal como recogió entre sus indicaciones el pleno del Comité Central celebrado en septiembre de 2004. El objetivo es que, conociendo mejor, por su proximidad, tanto los problemas como las posibilidades de atajarlos, los dirigentes de algunas localidades y cantones, elegidos directamente por la población, adopten con mayor eficacia las directrices de la planificación política y económica. Este tipo de experiencia democratizadora no supone ningún atisbo de cambio equiparable al sistema occidental; de hecho, en multitud de ocasiones Hu Jintao ha insistido en que la democracia liberal como régimen no es viable en la actualidad. La decisión tomada en diciembre de 2004 de nombrar un gobernador para el Tibet —una persona de la máxima confianza del Secretario General, nada inclinado éste a ceder ante la menor reivindicación de autonomía— ejemplifica la continuidad esencial en los planteamientos inmovilistas de las autoridades de

Pekín: el aliento a la iniciativa privada en los asuntos económicos dentro de un marco político inamovible.

Ciertamente, el proceso de democratización, si lo analizamos en términos occidentales, constituye un reto difícil, no solo por la inexistencia de un régimen político de estas características en la historia del país, sino porque la democracia no puede importarse como cualquier otro bien. Dada la complejidad social y territorial, el poder constituido ha iniciado algunos pasos liberalizadores al otorgar mayor responsabilidad al Congreso Popular Nacional o al promover elecciones locales más abiertas. Con todo, la civilización china no puede funcionar por una mera lógica imitativa y, como ponen de manifiesto los principales especialistas de nuestro ámbito cultural, el país tendrá que asumir un camino propio, un rumbo lento pero firme, hacia la aceptación del pluralismo político. El eslogan «Cerca del pueblo», promovido desde el año 2002 como lema de la actuación desarrollada por Hu Jintao, se ha reflejado tan solo en pequeños retoques cosméticos y en la renovación de algunos cargos provinciales marcados por la corrupción; a la espera queda, pues, una reforma más profunda del sistema.

La dirección del Partido en los asuntos públicos continúa siendo la clave del edificio institucional: de ahí la necesidad de dar un paso claro y contundente a favor del reconocimiento de los derechos humanos, materia que exige una solución rápida si China pretende un reconocimiento universal. Sobre el papel, en marzo de 2004 la Constitución incluyó referencias a este trascendental capítulo, pero la práctica represiva no ha variado un ápice. La conculcación de los derechos individuales es flagrante; así, respecto a la libertad religiosa, continúa hasta nuestros días la persecución y encarcelamiento de católicos y protestantes y de miembros del grupo Falun Gong, de visibles repercusiones mediáticas en Europa. De igual forma, el estricto control de los medios de comunicación y la prohibición de

cualquier voz crítica con la deriva del país o favorable a la concesión al Tibet siquiera de autonomía atentan contra la libertad de pensamiento, opinión y reunión.

Sobre este último aspecto, el nacionalismo tibetano, conviene hacer algunas consideraciones. La diversidad étnica presente en las inmensas regiones de la República Popular demanda una política unitaria que no renuncie a preservar las peculiaridades propias. Los gobiernos postmaoístas han sido bastante prudentes en el juego de relaciones centro-periferia con el fin de neutralizar tendencias separatistas cuyo efecto sería nefasto para el proceso de reformas abierto; por otra parte, han utilizado con profusión los medios de comunicación para lanzar campañas propagandísticas acompañadas de detenciones de líderes o simpatizantes independentistas tibetanos, poniendo de manifiesto la posición tradicional defendida por Pekín de considerar el Tibet como parte irrenunciable de su territorio. En marzo de 2005 el Gobierno aprobó una ley que daba cobertura al uso de la violencia en la resolución de conflictos tales como el existente en aquella región. La utilización del sentimiento nacionalista para legitimar otras políticas menos populares fue también un hecho evidente en abril de 2005, durante la virulenta oleada de protestas en contra de Japón. En este mismo terreno se encuentra el problema de Taiwán. La forma de abordar esta cuestión en el futuro, teniendo en cuenta las complicaciones diplomáticas que entraña, dada la irreductible posición de los gobiernos de la China continental, genera también múltiples incógnitas.

## **La nueva política exterior china**

La aspiración a ganar peso en las relaciones internacionales, consolidar su fuerza como potencia regional y acercar el PIB per cápita al de los países más avanzados

fueron también algunas de las cuestiones que se pusieron sobre la mesa en el XVI Congreso<sup>7</sup>.

La oportunidad de China de contribuir al desarrollo del continente asiático en su conjunto desempeña un papel trascendental en la definición de la estrategia exterior del país como base para su expansión en la región desde que en la última década Pekín comenzó a valorar los procesos de integración en la zona. Ya en 2003 China fue el principal centro exportador de Corea del Sur y de Japón, puesto previamente ocupado por Estados Unidos, lo cual nos da idea de cómo el país ha logrado convertirse en un actor determinante en las relaciones interregionales, un actor con el que inexcusablemente deberán contar los demás países asiáticos. La intención de las autoridades chinas de contrapesar la acción económica norteamericana como paso previo a ampliar su influencia política es evidente. Como señala Fernando Delage, «desde que China se incorporó a la Organización Mundial del Comercio sus importaciones han aumentado un 70 por ciento. Solo en 2003 subieron un 40 por ciento, incremento que hizo que la República Popular sustituyera a Japón como tercer importador mundial (...). Se estima que China fue la causa de un tercio del aumento global de las exportaciones japonesas y surcoreanas, y de los dos tercios del crecimiento de las exportaciones taiwanesas. La posición central de China en la cadena global de producción también explica que ya en 1999 atrajese el 85 por ciento del total de las inversiones extranjeras directas en la región, frente al 24 por ciento de principios de los años ochenta»<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> Al respecto ha sido revelador el giro en la política exterior del país operado desde los años noventa y que ha roto con la concepción maoísta. Vid. Chen JIAN: *La China de Mao y la guerra fría*, Paidós, Barcelona, 2005.

<sup>8</sup> Fernando DELAGE: «China y el futuro de Asia», *Política Exterior*, 102, noviembre-diciembre 2004, pág. 157.

Para una economía que, según cálculos, podría convertirse en 2040 en la primera del mundo, resulta lógico que el país que la sustenta pretenda ir poniendo las bases de una implicación mucho mayor no solo en los asuntos asiáticos sino en todo el planeta. En principio, el final de la Guerra Fría y la mayor presencia norteamericana en el tablero mundial parecían obrar en contra del régimen político de Pekín, máxime considerando los estrechos vínculos de Washington con Japón, Corea del Sur y Taiwán. Sin embargo, la actitud de las autoridades chinas desde finales de los años noventa de romper su tradicional política de aislamiento en las cuestiones internacionales (acercamiento de posiciones con el Kremlin, apuesta por el multilateralismo) ha favorecido su implicación progresiva en los asuntos geoestratégicos y, al menos hasta la fecha, les ha dado buenos resultados. De este modo, ha dado muestras de responsabilidad al favorecer la distensión alcanzando acuerdos fronterizos con las repúblicas asiáticas ex soviéticas, mediando en la crisis nuclear coreana, firmando el Tratado de Prohibición Total de Pruebas Nucleares y aportando considerables sumas económicas mano a mano con las potencias industriales en los programas de ayuda a regiones devastadas (muy significativamente, en el maremoto que asoló parte del continente asiático en diciembre de 2004).

El afán chino de lograr un estatus de gran potencia ha chocado irremediabilmente con los intereses norteamericanos. En busca de una política propia y de peso en la seguridad internacional, Pekín se distanció de la posición asumida por el Gobierno de Washington respecto de la intervención armada en Irak. Tampoco han gustado a los Estados Unidos el extraordinario crecimiento del comercio y la interdependencia económica en el Extremo Oriente —los cuales han favorecido con claridad a China y desplazado un tanto a las privilegiadas relaciones norteamerica-

nas con aquellos países—, y mucho menos aún su fortalecimiento de todo tipo de vínculos con la India. De igual forma, los dirigentes chinos han utilizado los foros internacionales para dar a conocer sus opiniones respecto de los grandes conflictos y retos del siglo XXI, incluida la espionosa cuestión de la reforma de la ONU, de cuya transformación profunda se han declarado firmes partidarios.

De este modo, los avances económicos han tenido una influencia directa en la política exterior, y no solo por la necesidad del país de estrechar relaciones diplomáticas con el exterior para asegurarse el suministro de gas y petróleo o para colocar sus productos en nuevos mercados. Una joven generación de analistas y de políticos chinos, muchos de ellos sin haber asumido responsabilidades previas ni haber vivido la época maoísta, han ocupado cargos en los órganos centrales y regionales del Partido, y a través de ellos han hecho pública su voluntad de garantizar una mayor implicación de China en la geoestrategia internacional. Para los jóvenes investigadores de la Academia de Ciencias Sociales o de la Escuela del Partido, la República Popular tiene ante sí el desafío de alcanzar en el escenario mundial el puesto de relieve que por historia, pujanza económica, extensión y situación le corresponde.

Como antes indicábamos, con el fin de marcar distancias con los Estados Unidos, la ampliación de la cobertura de embajadas y consulados por todo el mundo pretende desarrollarse bajo los postulados de la paz y la no injerencia en asuntos internos. Con un pragmatismo muy elocuente, Pekín ha establecido en los últimos años relaciones, por ejemplo, con Filipinas y Camboya, dejando a un lado la intensa carga ideológica a la que sometía su acción exterior décadas atrás. La nueva doctrina del «beneficio mutuo» ha inspirado la política exterior del país con el objetivo de cerrar numerosos acuerdos de cooperación con países americanos, africanos y, por supuesto, asiáticos, po-

niendo de manifiesto su apuesta por ejercer un *soft power* en sus relaciones externas.

En relación con esta política, la línea seguida a finales de los ochenta por Deng Xiaoping bajo el lema «Esconde los talentos esperando tu hora» parece enterrada definitivamente si se tiene en cuenta la presencia china en el mundo. Un ejemplo muy ilustrativo ha sido la participación del presidente Hu Jintao —o, en su ausencia, de su vicepresidente Wen Jiabao— en las cumbres celebradas por los principales organismos supranacionales, dando así a entender al resto de potencias y a la propia opinión pública la importancia que el Gobierno chino concede a estas reuniones multilaterales por sí mismas y también como instrumento para fomentar los vínculos bilaterales: «En América Latina, China se ha unido a la Organización de Estados Americanos (OEA), es observador del Banco Iberoamericano de Desarrollo (BID) y ha firmado un acuerdo para estrechar sus relaciones con la Comunidad Andina. En Asia Central ha ayudado a fundar la Organización para la Cooperación de Shangai y en Oriente Próximo ha creado el Foro para la Cooperación Chino-Árabe. En África se estableció en 2000 un foro similar que posteriormente ha dado origen al Programa para la Cooperación Chino-Africana para el Desarrollo Económico y Social»<sup>9</sup>. En este orden de cosas, la diplomacia china ha querido ser muy cuidadosa en sus relaciones con los países en vías de desarrollo e incluso ha mantenido lazos con aquellos marginados de una u otra manera por la comunidad internacional, tales como Irán, Sudán y Zimbabwe, acompañados, en el primero de estos casos, de millonarias inversiones en el país.

---

<sup>9</sup> Joshua KURLANTZICK: «China: una nueva estrategia diplomática», *Política Exterior*, 117, mayo-junio 2007, pág. 128.



## Crecimiento económico, geoestrategia y medio ambiente

La diplomacia económica que acabamos de describir, si es que así podemos denominarla, es constantemente utilizada por el Gobierno chino para diluir el peso de otras grandes potencias en el complejo escenario de la política internacional de la Posguerra Fría, a costa incluso del rechazo norteamericano y de los temores de la Unión Europea<sup>10</sup>. En varias ocasiones Washington ha explicitado su disgusto por la actitud de Pekín ante determinados regímenes —entre otros, los arriba citados— que considera tiránicos y que en su opinión se sostienen, al menos en parte, mediante esos vínculos económicos con China, aunque sea de forma indirecta<sup>11</sup>. No obstante, en 2003 los Estados Unidos se convirtieron en el segundo socio comercial de la República Popular y ésta, a su vez, en el cuarto en importancia de los Estados Unidos. El elenco de intervenciones económicas de gran alcance es mucho más amplio, prueba de su imponente potencial para convertirse en un actor peligroso si no se respetan sus necesidades de expansión.

---

<sup>10</sup> Según David Gosset, el director de la Academia Sínica Europea de la Escuela de Negocios CEIBS de Shanghai, «la Unión Europea debe formular más opciones respecto a China, aparte de verla simplemente como una amenaza o una oportunidad económica». David GOSSET: «Europa y China en el siglo XXI, ¿sinfonía de civilizaciones?», *Política Exterior*, 115, enero-febrero 2007, pág. 203.

<sup>11</sup> «En Venezuela, la China National Petroleum Corporation (CNPC) ha establecido una empresa conjunta con la estatal Petróleos de Venezuela S.A. En total, China ha invertido en el país latinoamericano unos 1.500 millones de euros y ha apoyado la candidatura de Venezuela a un asiento en el Consejo de Seguridad de la ONU, mientras también Chávez amenazaba con recortar las exportaciones petrolíferas a Estados Unidos. En Nigeria, el gigante estatal chino CNOOC compraba una participación de 1.750 millones de euros en un importante campo de gas y petróleo del delta del Níger. En 2005 CNPC compraba Petrokazakhstan, una de las mayores compañías petrolíferas de Asia Central». *Ibid.*, pág. 135.

En efecto, el resurgimiento chino cuenta con un componente geoestratégico añadido de consecuencias imprevisibles. La Posguerra Fría elevó a los Estados Unidos a la categoría de hiperpotencia y colocó a su Gobierno en una situación de ambigüedad respecto a China en tanto en cuanto, como hemos indicado con anterioridad, Washington observa con inquietud la mayor influencia que ha ido adquiriendo Pekín en todo el mundo y que ha colocado a la República Popular en una posición de competidor cada vez más activo en todos los ámbitos. La cuerda que existe entre el entendimiento y la confrontación continúa tensa y la actitud del nuevo equipo dirigente, salido del reciente Congreso de octubre de 2007, será determinante para el porvenir inmediato. De igual forma, tampoco las relaciones con Moscú son todo lo fluidas que el Gobierno chino quiere hacer ver, como han demostrado los problemas técnicos y políticos surgidos a la hora de desarrollar en la práctica el Tratado de Buena Vecindad, Amistad y Cooperación firmado en 2001.

Por otra parte, el crecimiento económico ha provocado una serie de costes medioambientales de consecuencias difícilmente evaluables: de las diez ciudades más contaminadas del planeta, cinco pertenecen a la República Popular; sus industrias generan los índices más elevados de contaminación en agua y aire de todo el mundo<sup>12</sup>. La estrategia de desarrollo ha despreciado estos daños causados por el proceso de expansión industrial; el uso abrumador del carbón (70%) frente a otras fuentes energéticas y la reducción presupuestaria del gasto en mejoras medioambientales ofrece un panorama francamente descorazonador a corto o medio plazo.

---

<sup>12</sup> Elizabeth ECONOMY: «China: el coste medioambiental de un modelo de desarrollo», *Política Exterior*, 111, mayo-junio 2006, pág. 83.

De igual modo, la desertificación de algunas regiones y el problema de la lluvia ácida, que ya ha afectado a bosques de Japón y Corea del Sur, se han convertido en la cara amarga más visible del extraordinario empuje económico. Aunque las autoridades de Pekín firmaron el Protocolo de Kioto y han puesto en marcha proyectos para hacer frente a esta situación —en la mayor parte de las ocasiones, en colaboración con países europeos—, sus resultados han sido claramente insuficientes. Solo cuando la envergadura del deterioro ha comenzado a afectar a la capacidad de desarrollo parece el Gobierno dispuesto a tomar medidas serias. En 1997 un informe del Banco Mundial evaluaba el coste de los daños provocados por la contaminación en la economía productiva china hasta elevarlo al 12% del PIB anual, sin contar con las repercusiones en la salud de las personas, sobre todo la elevadísima tasa de mortalidad por enfermedades respiratorias.

## Un apunte final

Resulta indudable que el éxito de la economía china en las últimas dos décadas constituye hoy por hoy una de las transformaciones de los últimos tiempos más drásticas y de mayor trascendencia para la humanidad<sup>13</sup>. Ahí radican precisamente algunos de los retos más importantes del país ante su futuro más próximo: por un lado, si se procurará socializar los beneficios con el objetivo de paliar en lo posible la miseria de todavía cientos de millones de chinos; por otro, si el Partido será capaz de adaptarse progresivamente

---

<sup>13</sup> Vid. Enrique FANJUL: *Revolución en la revolución: China, del maosmo a la era de las reformas*, Alianza, Madrid, 1994; Ramón TAMAMES: *El siglo de China: de Mao a primera potencia mundial*, Planeta, Barcelona, 2007.

a la nueva realidad social avanzando por la senda democratizadora hasta desembocar en un pluralismo real. La tercera gran incógnita es si la presencia china en el resto del mundo, la multiplicación de sus relaciones bilaterales y su defensa del multilateralismo contribuirán a fortalecer el papel pacífico que, dentro de un orden internacional profundamente interdependiente, pretenden las autoridades del país dar la imagen de que asumen o si, en cambio, se convertirán en un agente de distorsión. Muchos gobiernos y expertos en seguridad desconfían de la ocultación sistemática de los presupuestos de defensa, aunque lo que se conoce —esto es, su aumento constante: en torno a un 12,5% en 2005— no es precisamente tranquilizador. Las directrices y nuevo equipo dirigente surgidos del XVII Congreso del Partido, celebrado a mediados del mes de octubre de 2007, tendrán que responder a estos y otros interrogantes que se le plantean al gigante asiático en su frenética carrera hacia el liderazgo mundial.

## **Ficha técnica**

*Juntos (Heni Zay Yiqi)*. Dirección: Chen Kaige. País: China. Año: 2002. Duración: 116 min.. Género: Drama. Reparto: Chen Hong; Chen Kaige; Cheng Qian; Liu Peiqi; Tang Yun; Wang Zhiwen; Zhang Ping. Guión: Chen Kaige; Xüe Xiaolu. Distribuidora: Vértigo Films, S.L.. Productora: China Film Group Corporation, 21st Century Shengkai Film Company, China Movie Channel, Century Hero Film Investment Company. Dirección artística: Cao Jiuping, Liu Luyi. Fotografía: Kim Hyljngkoo. Montaje: Zhou Ying. Música: Zhao Ling.